

El templo de Abu Simbel, “excavado” en la falsa roca, envuelto en una cúpula artificial inapreciable a simple vista, resulta impresionante tanto en su colosal exterior, configurado por gigantescas esculturas del faraón, como en su primoroso interior donde en correspondencia con los equinoccios se produce lo que se denomina “*el milagro del sol*”.

A la salida del templo grande, a la izquierda, se encuentra el extraordinario templo de Hathor, dedicado a Nefertari (*Grande de amor; bella de rostro*) la esposa favorita, entre ocho, de Ramsés II y artífice en la sombra de los resultados, acuerdos y derivaciones de la citada batalla de Kadesh. En la parte inferior de la fachada de este templo, entre las colosales estatuas de Ramsés II y de su esposa, todas con la pierna izquierda ligeramente adelantada, como saliendo de la piedra, se encuentra la famosa inscripción “*La gran esposa real Nefertari, aquella que hace resplandecer el sol*”. En los grabados del interior se perciben los detalles preciosistas de los vestidos, de los útiles, de las caras... Hasta el rostro frontal y el peinado de Nefertari parecen de una actualidad sorprendente.

Una foto de grupo dejó constancia de nuestra entusiasta visita, mirando el inacabable lago artificial de Nasser de 500 kilómetros de largo.

Todo en Egipto se sale de las medidas habituales a las que estamos acostumbrados. La desmesura es abrumadora y, con frecuencia, inexplicable al no contar suficientemente, hasta este momento, del conocimiento necesario para entender las técnicas, la tecnología y la logística empleadas para la construcción de estas maravillas. Mientras tanto, por estos lares, en plena Edad del Bronce, aún faltaban bastantes años para que se creara Gades (Cádiz), la ciudad más antigua de Europa de entre las existentes actualmente.